

PALABRAS A UN MAESTRO

Bajo el recuerdo de otro maestro: Mauricio Goldenberg.

Querido maestro:

Cuando Félix Grande me habló de un número de CUADERNOS dedicado a su obra y su persona (¿hay diferencia en este caso entre una y otra?), me dije: ¡Coño!, que acabo de publicar un ensayo sobre Ernesto en *Nueva Estafeta*. Ese escrito —que se titula «Una dialéctica de las pasiones»— dice muchas de las cosas que yo quise decir alguna vez sobre usted. Allí digo —y es la única mención concreta que haré de ese trabajo— lo que sigue: quiero terminar ahora, brevemente, con la reiteración de un concepto que repetí varias veces en el curso de estos pensamientos. Me refiero al aspecto ético de la obra de Sábato. Y no sólo de su obra, también de su conducta civil. Es necesario puntualizar que es Ernesto Sábato, el moralista, quien habita estas páginas. Porque todo este proyecto tenía sentido si se ordenaba dentro de una visión ética, de lucidez y de verdad, de pasión por la libertad y de respeto al hombre, que califican la obra de Ernesto. En esta extraña y hermosa aventura de vivir, donde muchas veces sólo tenemos como pareja la acuciante proximidad de la muerte, Sábato es un ejemplo del camino que se debe seguir en el sentido de lo humano. Quizá no podamos elevar al hombre. Por lo menos hagamos lo que Ernesto: poner todas nuestras fuerzas para que no se rebaje. Hasta aquí la secuencia de mi ensayo. Hoy quiero reiterar esta secuencia, porque es de ese sentimiento del que voy a alimentar mi búsqueda. Ese sentimiento, que siempre necesité poner por delante de cualquier especulación filosófica, de cualquier doctrina ideológica o de cualquier interpretación más o menos global de la vida que nos ha tocado vivir. Usted sabe, Ernesto, que esta vida no es pródiga en maestros, si entendemos por tal esa singular mixtura de padre elegido y tutor intelectual admirado. Freud —ese viejo indagador con mucho más mala leche que usted y yo juntos— tendría respecto de este tema multiplicadas notaciones que agregar. Inevitablemente transitaríamos —¿y qué es el psicoanálisis

sino un tránsito por la fantasía liberada?— imágenes de padres idealizados, de culpa original, de hambre totémica, de Edipo bien elaborado o de envidias subyacentes transformadas en regueros competitivos, pero inevitablemente transitaríamos también sin ninguna duda el regusto entrañable que da el amor y la lealtad orgullosa que da una ética hecha de docencia y valentía. Por eso quizá la vida no es pródiga en maestros. Claro que uno tiene el recurso de la historia y de las opciones atemporales. Entonces puedes elegir sin obstáculos vivir con Sócrates, caminar con Unamuno, pensar con Sartre, doler con Camus. Pero hay otra historia, más temporal, más dramáticamente realista, más hecha a nuestra cotidiana medida de las cosas y a nuestro quehacer más concreto. En esa historia, repito, los maestros no abundan. Yo puedo hasta hoy, y tengo cuarenta y nueve años, nombrar tres: Mauricio Goldenberg, Ernesto Sábato y aquí, en esta España generosa y nuestra, Luis Rosales. Como ve, Ernesto, lo he colocado entre un gran psiquiatra y un gran poeta. No puede estar mejor custodiado, ¿verdad? Porque usted ha sido para mí muchas veces un emergente de esa dupla: la lucidez militante y la víscera poética. Lo he vivido muchas veces tenso, muchas veces angustiado o caprichoso, muchas veces radical o contradictorio, pero siempre hondo, siempre humanista, siempre prójimo de proximidad, siempre insomne frente al dolor de los hombres y las injusticias de los sistemas. Allí fue aprendiendo lo que mis limitaciones me permitían aprender. Y no hablo de limitaciones por vaya a saber qué equívoco concepto de la modestia, no. Lo digo más fieramente: las limitaciones de un joven rebelde que no sabe bien qué es la rebeldía, las limitaciones de una pasión tumultuosa que no tenía destinatario real, las limitaciones de esa omnipotencia que brota del espíritu de los jóvenes y los transforma en autoelegidos jueces del error que no distinguen y la arbitrariedad que no discriminan. La juventud, Ernesto, con todo lo de agobiante y prístino que tiene esa hermosa edad. ¿Puede usted imaginar, entonces, lo que significa encontrar un maestro, un padre de ideas, un lugar donde refugiar la incertidumbre y el miedo? Ese papel lo cumplió usted, Ernesto, reiteradamente. No había en su actitud solemnidad de sobrevalorado ni entono de pretencioso: simplemente un hombre. Un ser que había hecho de la pasión por la verdad su más obstinado destino. Y yo aprendía allí —muchas veces intenté ponerlo en práctica luego— que pasión y verdad no eran términos antinómicos, sino cuerpo y sangre de la vida cuando ésta nace vertiginosa y solidaria. Le confieso algo: en ciertos momentos llegué hasta envidiarle esa vena tan marcada que usted tiene en la frente y que se dilata significativamente cada vez

que habla de su verdad con pasión. Allí aprendí también que no era casual que el sistema circulatorio fuera espejo de las vicisitudes y sobresaltos de un espíritu abierto y volcánico. Entonces intenté un mal poema que comenzaba así:

*Portiado descontrol de la pasión
habitado de pan y humanidad
Carlitos sin galera y sin bastón
sediento de absoluto y santidad.*

Hace pocos días fuimos con Paca Aguirre y Félix Grande a saludarlo a Barajas, Ernesto. Usted iba a San Sebastián y tenía algunas horas en Madrid. Nos sonreíamos cómplicemente porque usted, el «viejo», caminaba aceleradamente, desparramaba energías por doquier, se enfadaba con la guerra de las Malvinas, discutía con los «pequeños sinvergüenzas», llamaba premiosamente a Matilde —¡cuántos años, maestro, llamando a Matilde siempre premiosamente!— y se colaba al avión con una inquieta adolescencia puesta en sus zapatos. Yo les decía a nuestros amigos que eso era usted desde siempre: docencia con taquicardia. Del remanso, del acolchonamiento, de la pausa: nada. Recuerdo que hace algunos años, en inolvidables charlas con Héctor Fiorini —¿te acordás, hermano, qué tiempos aquellos?—, le decía: mirá, a Ernesto, al que tanto deben los judíos por su insobornable militancia contra el nazismo y el antisemitismo, habría que definirlo con una vieja expresión idish: tiene *shpilkes in tujes* (hormigas en el culo). Cuando se enfrentaba con lo que usted siempre llamó «los pequeños sinvergüenzas» (jóvenes irónicos, desvalorizadores, petardistas, desagradecidos), se le hinchaba la vena de la frente —esa vena envidiada por mí— y yo temía que en cualquier momento explotara y la sangre del mundo nos arrebatara de nuestros asientos. Sólo sucedía lo que Ronald Laing llamó una *inpllosion*, un reventón hacia dentro de pasión y calentura, y Ernesto se retiraba ofendido y con él la dignidad y la lucidez de su magisterio. Se había negado a beber la cicuta: eso era todo.

*Inventor del desgarro, corazón
de hondero muy de llanto y de ciudad
gran profeta sobrándole visión:
dos mitades de luz y otra mitad.*

Claro que usted, Ernesto, me va a perdonar un soneto donde la falta de talento sólo era apenas disimulable por su prepotencia de amor. Recuerdo que en aquellos tiempos protagonizábamos la vida cultural de Buenos Aires a través de una revista (*El grillo de papel*, ¿se acuer-

da, maestro?), donde compartíamos responsabilidades Abelardo Castillo, Liliana Heker, Horacio Salas, Humberto Costantini y otros, revista en la que usted era una especie de asesor espiritual. Con usted comenzábamos a decir, con Unamuno, que el amor nos demuestra cuánto de carne que tiene el espíritu. Con usted recorríamos el pensamiento de Martín Buber y las vulnerabilidades del discurrir científico. Con usted transitábamos el sexo como una forma de la metafísica. Con usted, Ernesto, nos adoctrinábamos en la única doctrina sin ortodoxia: la de sobrevivir lúcidamente. Allí nos hicimos amigos de Dostoievski y Proust, de Joyce y Borges, de Gregorio Samsa y Juan de Mairena. «Que los rostros de Nietzsche, Rilke Manzi o Baudelaire resulten familiares», como lo dice un nostálgico poema de Horacio Salas. Allí, junto a usted, hicimos el áspero aprendizaje que el corazón de uno es el corazón de todos. Eso nos producía lo que nuestro querido Albert Camus llamaba «la amenaza de una magnífica felicidad». Porque es cierto: jóvenes, contradictorios, voraces, apasionados y frágiles, éramos felices porque creíamos en la cultura y en el ansia de superación de los hombres. Usted nos decía en aquellos tiempos: levantad un pequeño mundo todos los días, mundo pequeño y por eso más conmovedor. Levantad la insensata esperanza de los hombres, su furia persistente para sobrevivir, su anhelo de respirar mientras sea posible, su pequeño, testarudo y grotesco heroísmo de todos los días frente al infortunio. Y nosotros, «chicos malcriados en una pieza oscura» (Salas), despertábamos a la luz y a la inteligencia con palabras como éstas, nacidas de un hombre que había aprendido a desembarazarse de cadáveres y de fantasmas perturbadores en su relación con los demás para dar cabida a sus propias muertes y a sus propios perturbadores fantasmas. Era ese mundo de la interioridad y la conjetura que usted ponía frente a nuestra curiosa mirada. Con usted supe, Ernesto, que había un concepto real de patria: la infancia, algunos rostros, algunos recuerdos, una insignificante calle, un viejo tango en un organito, el olor de los jazmines, el ruido del viejo motor en el molino. Y yo, muchacho en aquel momento agobiado por las distintas vertientes de la identidad (nieto de una boba rusa, infancia en un mundo de holocausto y desesperanza, familia de campesinos, temeroso de asumir una nacionalidad que me era muchas veces negada, protagonista —como diría Borges— de un prolongado comercio con la ambivalencia), aprendí, Ernesto, que tenía derecho a llamar patria a las aguas del río azul que bañaron mis primeros años, a los versos de los poetas de España, a los goles de Boca Juniors, a ciertos crepúsculos que enmarcaban ya un incipiente credo poético, a esos desgarrones mitológicos del bandoneón del gordo Troilo. Aprendí junto a